

PILAR SÁNCHEZ VICENTE

Operación Drácula



Tras una delicada operación quirúrgica, que tal vez le alargue un poco más la vida, el comisario Bärlach, en su lecho de hospital, lee, curiosa y simbólicamente un ejemplar de la revista Life. Una fotografía allí publicada despierta en el médico que acaba de operarle la sospecha de que el tristemente célebre doctor Nehle, que practicaba operaciones sin anestesia en el campo de concentración de Stutthof, podría ser el actual director de una clínica privada suiza. A partir de ese momento, Bärlach emprende una arriesgada investigación que le conducirá, a través de una alucinante trayectoria poblada de monstruos, a un desenlace que él jamás pudo imaginar.

Índice de contenido

Cubierta

Operación Drácula

España, Madrid.

España, Toledo

España, Madrid.

España, Madrid. Rumanía, Bucarest.

España, Madrid.

España, Toledo.

España, Madrid.

Rumanía, Bucarest, Tulcea.

España, Toledo.

España, Madrid, Toledo.

España, Madrid.

Rumanía, Tulcea.

España, Madrid.

Rumanía, Bucarest.

Rumanía, Bucarest.

Rumanía, Bucarest.

Rumanía, Tulcea.

Rumanía, Tulcea.

Sobre la autora

Notas

Me gusta marcar a las nuevas, no solo desvirgarlas. Es una forma de decir a los que vengan después: «Cuidado. Es propiedad».

Y ellas saben así también a qué atenerse, quién es el amo. Es mi ganado, al fin y al cabo, reses de buena planta, dóciles, esa es la base del negocio. En escasas ocasiones el ritual se me escapa de las manos y no por mi culpa. O no del todo. Si son listas callan o protestan lo justo para ponerme cachondo. No se pueden quejar, el alcohol desinfecta y la saliva ayuda a cicatrizar los cortes. Me calienta sobremanera el sabor salado y metálico de la sangre, a mar y a hierro, fundido con el aroma a madera del buen güisqui de malta. Sofisticación total. Como corresponde. ¡Y después quedan tan mansas...! Perras en celo, eso son las mujeres.

Pero siempre hay alguna zorra imbécil, como esta, empeñada en gritar y resistirse. ¡A mí! El estúpido de Viorel le puso una dosis menor de lo habitual en el champán. ¡Qué forma de malgastar el Moët Chandon Brut Imperial! La amordazamos y, aun así, pataleaba desbocada. Si le quitábamos la venda la oíría todo el vecindario, así que le mantuvimos la boca tapada mientras le demostrábamos quién mandaba. Y lo aprendió, vaya si lo aprendió, seguramente no hubiera sido necesario hacerle tragar después otro medio frasco. Viorel no tiene remedio. Siempre se lo repito: el secreto está en la justa medida. Y lo intenta, es buen chico pero un poco extremista, se pasa o se queda corto. Entre tanto la nieve había ido bajando, un tiro tras otro. Rayas grandes, buena farlopa, digna de un rey. Nada de esa mierda cortada que pasan los camellos por las esquinas. Ciertamente, ya llevábamos encima lo nuestro. Quizá por eso

perdimos el control. O no. Ella fue la única culpable de lo sucedido. La muy puta.

España, Madrid.

Lunes, 5 de octubre de 2009. 09.00 horas

—¿Da su permiso, comisario?

Antonio golpeó dos veces con los nudillos en la puerta entreabriéndola a la par y sus ojos verdes asomaron por la rendija mostrando curiosidad. Con idéntica actitud, Sara lo observó desde la silla. Era un hombre alto y el uniforme remarcaba su aspecto atlético, apenas desvirtuado por una incipiente barriga. Tenía la voz grave, profunda, y las canas teñidas excepto en las sienes. Contribuía a su atractivo una sonrisa seductora y resabiada, ejercitada a fuerza de imitar a los galanes de las películas de Hollywood, especialmente a George Clooney, de quien había copiado el rictus irónico y ladeado en su afán de identificarse con él. Contempló a Sara de arriba abajo, sin disimulo, mientras se ajustaba el cuello de la camisa. Ella lo miró fijamente, sin dejarse intimidar por su descaro.

—Adelante, Antonio, adelante. Te presento a Sara Ocaña Pedrera, inspectora. Ya te comenté ayer su impresionante currículum y su especialización. Antonio es también inspector jefe, trabajaréis juntos en este caso.

Sara se levantó cortésmente y Antonio se le plantó de un salto delante sin perder el gesto. Se estrecharon la mano sin pestañear y, al sentir la sacudida en su brazo, exclamó sorprendido, interrumpiendo a la mitad la ampulosa reverencia iniciada: —¡Caray! ¡Estás en forma!

¿Era fruto de su ilusión o la mujer había esbozado una sonrisa?

Complacido, la analizó sin reparos. El pelo cortado a cepillo y recién teñido de rojo remarcaba sus rasgos angulosos y el filo de su mandíbula seria y apretada. Se salvaba de transmitir una dureza implacable por el brillo de sus enormes ojos atigrados, expresivos y profundos, tras los cuales se intuía la ternura agazapada. Era musculosa, sin un gramo de grasa de más, y casi tan alta como él.

Tenía un moreno natural, fruto del deporte al aire libre, y Antonio se alegró de haber ido el día anterior a la lámpara en el gimnasio.

Recién cumplidos los cincuenta, cuidaba mucho la apariencia y, aunque se negara a hablar de la crisis de edad, empezaba a estar obsesionado con mantenerse joven. Había consultado los precios por Internet en varias clínicas que prometían estiramientos faciales milagrosos y, después de un inesperado gatillazo, ya no acudía a ninguna cita sin llevar la todopoderosa pastillita azul de Viagra en el bolsillo. Aunque jamás pensara confesar ni lo uno ni lo otro.

—Compartiréis despacho, os conviene llevaros bien. ¡Y espero resultados! Este asunto está ocupando la primera plana de todos los periódicos y ya sabéis lo que eso significa. Toni, si no tienes bastante personal, comunícamelo, no escatimaremos en recursos ni en refuerzos; ya se lo he comentado a Sara y esa es la razón de su presencia entre nosotros. Hemos de agradecerle su disposición, ha venido en cuanto la hemos llamado.

Sara le correspondió con una inclinación de cabeza y Antonio se dio cuenta de que no le había escuchado decir todavía una palabra.

Lo sorprendió su timbre, grave y profundo, cuando se despidió del comisario. Al quedar solos tras la puerta cerrada la tomó por el brazo con familiaridad.

—Tú también puedes llamarme Toni...

Sara se soltó educadamente.

—¿Comentamos las diligencias ahora? —dijo por toda respuesta clavando en él sus pupilas ambarinas.

Un tanto cortado condujo sus pasos en silencio hacia un despacho cercano.

—Este es mi cubículo —anunció con orgullo.

La habitación, con las paredes pintadas de verde, estaba amueblada con una mesa de pino macizo, lustrosa pese a su evidente antigüedad, bajo un retrato descolorido de Juan Carlos I. A la izquierda un archivador metálico gris, sobre el cual los papeles se apilaban alcanzando el techo. A la derecha, delante de la ventana, habían colocado otra mesa para la nueva ocupante, más reducida y a juego con el archivador, aunque se veía por la profusión de rayones en su superficie que habían hincado los codos en ella numerosos funcionarios antes. También la silla se mostraba ajada por el uso, sobre todo en comparación con el ergonómico sillón sobresaliente detrás de la mesa principal. Antonio quiso disculparse, aunque bien se había asegurado de colocarla en una situación de franca inferioridad: —El material no es nuevo, ya lo ves. Aquí el presupuesto no da para tanto. La silla me la ha prescrito el médico de Salud laboral, tengo frecuentes problemas de espalda...

—No te preocupes. ¿Empezamos ya o tienes algún quehacer más importante? —señaló el reloj de pared con la bandera de España que flanqueaba al monarca marcando las nueve y cuarto de la mañana.

Sin responderle, Antonio cogió tres voluminosas carpetas que reposaban encima de su mesa y se las puso en las manos.

—Aquí están el atestado y las diligencias. También la copia del informe forense y los informes periciales de la policía científica.

No hay indicios ni conclusiones, estamos atascados. Tal vez como ahora estás tú aquí...

Haciendo caso omiso de su retintín, Sara ocupó la mesa destinada para ella, colocando con cuidado la chaqueta en el respaldo de la decrepita silla antes de sentarse.

—Si no te importa...

—¡No, por favor! Ponte cómoda, estás en tu casa. ¿Quieres un resumen? —preguntó diligente al verla sacar las gafas de su funda y disponerse a ordenar los folios.

—De acuerdo —dijo poniéndoselas mientras agrupaba los documentos.

«¡Jesús, qué mujer más seca y estirada!», pensó mientras carraspeaba dudando cuál sería el mejor punto de inicio. No quería quedar mal ante ella, venía avalada por un reconocido prestigio como investigadora y no iba él a ser menos. Al observar su titubeo, Sara levantó la vista y se le anticipó.

—Te diré los datos que conozco. Dos prostitutas aparecen salvajemente asesinadas en el corto plazo de tres días en un lugar nada frecuente: el barrio de Salamanca, en pleno centro de Madrid. Ninguna tiene antecedentes ni lleva documentación encima. Lo único claro es su nacionalidad.

—Efectivamente. En principio son rumanas, por eso estás tú aquí —repitió adulator.

—Sí. Por suerte o desgracia la delincuencia rumana se ha convertido en mi especialidad —buscó las fotografías entre los papeles y las barajó detenidamente antes de mostrárselas con el ceño fruncido—. Algo no encaja... Son demasiado jóvenes, sobre todo la primera, y muy guapas. Sus chulos no tendrían por qué querer acabar con ellas, es como matar a la gallina de los huevos de oro.

Normalmente las secuestran, las atemorizan, las amenazan y si las golpean es donde les duela pero que no deje marcas, por ejemplo, en el vientre. ¿Qué pudieron hacer para merecer este fin? —no pudo evitar un deje de disgusto en sus palabras.

—La primera es menor de edad, los análisis lo demuestran —extrajo un juego de fotos marcadas con el mismo código y separó un par de ellas—. Murió desangrada, tiene marcas de cuchilla de afeitar por todo el cuerpo, especial-

mente en el pecho y las nalgas —señaló las heridas con una uña pulida y bien cortada—.

El forense dijo que antes de morir había sido violada al menos por dos sujetos. Tenía restos de semen en la vagina, el ano y la garganta. No puede asegurar si fueron uno primero y otro después o los dos a la vez, en todo caso no hubo separación temporal entre ambos. Lo único evidente es que murió en otra parte; si este hubiera sido el lugar del crimen se hubiera encontrado mucha más sangre. El cadáver estaba aún caliente cuando un vecino tropezó con él a las seis de la mañana, al salir a trabajar en su horario habitual. Como puedes observar, apareció totalmente desnuda.

—¿La limpiaron antes de depositar su cadáver en la ace-
ra? No tiene sangre coagulada ni postillas en los bordes...
—indicó la piel cruzada por numerosas y finas rayas.

—No te lo vas a creer, le mojaron las heridas con alcohol antes de lamérselas.

—¿Alcohol? ¿Desinfectante?

Antonio rio divertido. La había pillado desprevenida.

—¡Buen güisqui y mejor cava! Bebieron de ella como de una copa, algunas rajitas incluso presentaban el hematoma exógeno producido por la succión. A esos cabrones les gusta la sangre. Probablemente les excitara hacerle pequeños cortes, chuparla mientras la follaban, verla sangrar y gritar, aunque encontraron partículas de fibra en la boca, señal de que estuvo amordazada. En la sangre se halló una cantidad importante de Rohipnol, con suerte apenas sería consciente de lo sucedido y se desmayaría antes de morir. Al principio se barajó que hubiera sido víctima de un ritual satánico o exorcista, pero esa idea ya ha sido desechada, sobre todo al aparecer la segunda víctima.

—¿También fue acuchillada? —tomó entre sus manos el otro bloque de fotos mirándolas detalladamente—. No lo parece...

En una el rostro de la mujer ocupaba un primer plano de 25 × 30.

Su pelo rubio, apelmazado por la sangre negruzca y reseca, le cubría en parte la cara, absolutamente deformada. Mostraba rotos los pómulos y la nariz, las cejas y los labios reventados, un globo ocular hundido y el otro tan hinchado que apenas se distinguía la ranura del ojo. El conjunto le confería una apariencia extraña, monstruosa. En las siguientes imágenes el cuerpo no presentaba mejor aspecto. Lucía una escueta falda negra y un top rosa, a juego con unas relucientes sandalias de altísimo tacón, tiradas al lado de los pies descalzos. La carne a la vista presentaba contusiones y desgarros en toda su superficie y el brazo derecho se doblaba artificialmente hacia fuera, claramente roto y desencajado.

—Con esta se ensañaron a golpes hasta matarla. Es mayor que la otra, unos treinta años.

—No veo un patrón común.

—No lo hay, excepto la saña y su común nacionalidad. Y el lugar donde se deshicieron de ellas.

—¿Nadie reclamó su desaparición? ¿Preguntasteis por la Casa de Campo? ¿Registrasteis burdeles? ¿Algún confidente cantó?

—Nada —negó rotundo—. Es como si nadie las hubiera visto, ni las conociera, aunque no podemos descartar la ley del silencio imperante en estos pagos, la *omertà* no es solo siciliana...

—Tal vez acababan de llegar a España... —observó de nuevo las imágenes con respetuoso silencio—. Volvamos a la menor. ¿Dices que le chuparon la sangre?

—Como los vampiros.

Aquel comentario despertó los recuerdos en la mente de Sara.

Revisó una y otra vez las fotos y se recostó hacia atrás en la silla cerrando los ojos, con las manos extendidas sobre la mesa. La luz a sus espaldas iluminó su cabeza con una roja aureola mientras hablaba.

—Hace siete años yo estaba en Valencia. Aquella noche teníamos proyectada una redada en un club de las afueras, donde sabíamos por un soplo que había varias rumanas ilegales retenidas por la fuerza. Cuando llegamos el local estaba vacío, las copas medio llenas y los cigarrillos humeantes. Alguien les había avisado. En una de las habitaciones encontramos atada a una chica, una muchacha joven semiinconsciente y malherida a punto de desangrarse. Pretendimos detenerle la hemorragia, pero fue inútil, falleció antes de llegar la ambulancia. Intenté que denunciara a alguien, que me dijera quién había sido... Solo pudo musitar un nombre antes de expirar como un pajarillo: Dracul.

—¿Dracul? ¿Drácula? —la miró incrédulo y Sara asintió con resignación. Siempre que pronunciaba aquel nombre la gente la miraba como si hubiera extraviado el juicio.

—Oíste bien. Aquello fue motivo de grandes chanzas entre los compañeros, hasta que el jefe nos leyó el informe del forense. Había sufrido cortes y heridas muy similares a las de esta y su verdugo le había ido chupando las heridas a medida que se las infligía con una maquinilla de afeitar desechable, una Gillette Plus que apareció tirada en una esquina, roja como su ropa interior. Presentaba, además, incisiones de dientes en el cuello.

—¡Esta también tiene mordiscos en la garganta!

—Sí, me he fijado... —continuó absorta en el relato—. Era una pobre muchacha sin papeles en medio de una redada fallida por un chivatazo desde dentro. Alguien se negó a destapar la olla y ¡no pasó nada! No se investigó, ¿te das cuenta? Se le dio carpetazo, así, sin más. Los más capullos hicieron chistes de vampiros en el café durante un tiempo y ahí quedó la cosa —le dolía aquel caso pendiente a las espaldas, su primer encontronazo con una realidad enfrentada a la cuestionable equidad de la justicia. Era como tenerlo delante de nuevo. Prosiguió, ahora ya en otro tono—. En el 2006 formé parte de un operativo conjunto entre la policía de Rumanía y la de España. De aquella entré en

contacto con Razvan, uno de los mejores policías que he conocido. Un tío legal y honrado, además de eficaz; en un momento dado, puede servirnos de ayuda.

Cuando acabó la misión nos fuimos a comer de despedida y le hablé de aquella mujer muerta y de su última exhalación. Entonces no me dijo nada, pero semanas después me llamó desde Rumanía.

Había hablado con un amigo suyo y obtenido una información asombrosa: si no ha muerto, el tal Dracul existe en realidad: era o es el alias de uno de los socios de Nicu Ceaucescu, el hijo del dictador, ¿te acuerdas?

—Pero ese ya murió, ¿no? Recuerdo haberlo leído en los diarios... Era alcohólico, creo.

—Sí, y tenía fama de depravado. Venía a ser algo así como el Calígula de los romanos. Él y sus privilegiados amigos componían un grupo de lo mejorcito: alcohol, drogas, violaciones, secuestros...

Hacían cuanto les venía en gana y vivían en una permanente orgía. Presumiblemente, salieron todos del país a principios de los noventa, en la diáspora producida tras la caída de Ceaucescu, y se repartieron por Europa. Rápidamente pensé que tal vez Dracul hubiera recalado en España e indagué por mi cuenta, pero no conseguí resultados y abandoné, enseguida nuevos casos me absorbieron —meneó la cabeza compungida—. Todavía sueño con ella, la tengo en mis brazos y se va, y no quiero perderla. Grito para despertarla y soy yo a la que despiertan mis gritos. Si hubiera vivido un minuto más... —rechinó los dientes—. Juré entonces atrapar a aquel cabrón y con la misma solemnidad te juro, Antonio, que esta es su firma.

—Hablas del 2002 y ahora estamos en el 2009, no me cuadran las fechas. Un sádico que disfruta rajando a las mujeres y sorbiendo su sangre no tardaría tanto en atacar de nuevo; por regla general, los homicidas sexuales se envían, se crecen y necesitan cada vez más...

—Efectivamente, tanto tiempo transcurrido entre una y otra no se corresponde con el patrón de un asesino en serie —reconoció con desilusión Sara—. Tal vez le ha salido un imitador...

—Además, en este caso, no fue uno solo, se identificaron dos tipos de semen distintos.

—¿La segunda también fue golpeada por dos personas?

—No, en su caso los golpes parecen propinados por la misma mano. Y no presenta signos de haber sido forzada, ni rastro de semen.

—¿Bandas rivales, quizá? ¿Una *vendetta*?

—Lo sabríamos, alguien habría cantado.

—¿Los crímenes fueron cometidos al aire libre o en un espacio cerrado?

—No hay tierra ni verdín en ninguno de los dos cuerpos, por ello dedujimos que los hechos tuvieron lugar en un espacio cerrado, una habitación; la segunda presenta golpes producidos al chocar contra una pared blanca y seguramente contra parque, se encontraron muestras de pintura y barniz en la cabeza.

—¿Algún resto coincidente en ambas?

—Nada, la primera deducen que fue violada y asesinada sobre una cama o un colchón.

—¿Los lametazos pueden ser de animal?

—Animal sí, pero humano. Y anticipándome a tu pregunta, te diré que el ADN de uno de los fluidos coincide con el de la saliva y no está recogido en ninguna base de datos. O no está fichado o lo estuvo antes de que se recogieran muestras genéticas.

—¿Comprobasteis las similitudes con otros delitos sexuales?

—¡Por supuesto! Conseguí una autorización para acceder directamente a *Clara*, ya sabes, el ordenador central de la policía donde se almacenan todas las bases de datos estatales, el sustituto de *Berta*. Y ni rastro. Puedes volver a re-